

Las tentaciones de Europa en el siglo XXI y el futuro de la política europea de seguridad y defensa

Francisco José Dacoba Cerviño

Director del Instituto Español de Estudios Estratégicos

La idea genérica de una seguridad y de una defensa europeas a cargo de los europeos basadas, si no de forma exclusiva, sí al menos en una mayor y significativa implicación de las naciones del viejo continente, no es nueva. Desde los primeros pasos de la construcción europea ya se comenzaba a hablar de una Comunidad Europea de Defensa (1950), en Maastricht (1992) se establece la Política Exterior de Seguridad Común (PESC), en Ámsterdam (1999) se crea el cargo de Alto Representante para esa PESC y en Lisboa (2007) se define la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) como parte integrante de la PESC. Sirvan estos pocos ejemplos a modo de cimientos de lo que se viene en denominar Europa de la Defensa.

Pero si la idea no es nueva, sí hemos de reconocer que ha adquirido relevancia en estos últimos años debido, entre otras muchas razones, a la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de Donald Trump, aunque las líneas generales de su actitud hacia el compromiso con Europa fueron ya marcadas por administraciones anteriores, como es el caso del cambio de foco del interés geoestratégico norteamericano hacia la región de Asia del Pacífico y del repliegue estratégico, *leading from behind*, iniciado por Obama. A ello se añade ahora el *America first!* de Trump.

Desde el colapso de la Unión Soviética se han producido relevantes acontecimientos de importancia global como la amenaza terrorista transnacional, el resurgir de Rusia como actor especialmente asertivo en el uso de sus capacidades militares o la abrumadora aparición de China como potencia que disputa la hegemonía norteamericana en términos comerciales y tecnológicos y, no se puede ignorar, también en lo militar. En este escenario, de nuevo multipolar, el papel de Europa se diluye, el orden internacional deja de ser eurocéntrico y en el



nuevo mapamundi el antaño lejano Oriente es ahora el centro del globo mientras Europa apenas ocupa una esquina en el lejano Occidente.

Europa se siente preterida en el interés del gran aliado tradicional. Y en su periferia más inmediata, el Magreb, el Sahel y el cuerno de África, Oriente Medio o el Cáucaso, sin olvidar a Turquía, los Balcanes o Ucrania, se concentran la mayor parte de los conflictos armados activos en estos momentos. Tampoco las aguas están tranquilas en el interior de la Unión: Brexit, populismos, nacionalismos, crisis económica, afluencia de refugiados... No es, por lo tanto, extraño que cada vez más voces en el interior de Europa se manifiesten preocupadas por la frialdad norteamericana y las debilidades estructurales propias en materia de seguridad y defensa.

Por tomar una referencia cercana en el tiempo, la Estrategia Global de Seguridad Europea, aprobada en 2016, supuso un significativo cambio de discurso si se la compara con la edición anterior, la de 2003. En lugar del patente optimismo de aquella, ahora se habla claramente de poder coercitivo, de convertir a la Unión en un proveedor de seguridad y de mejorar nuestra credibilidad en materia de seguridad y defensa. Europa quiere ser un actor estratégico, con todo lo que eso significa, también en términos de *hard power*. Tras la publicación de esta Estrategia Global se aprueba la activación de la Cooperación Estructurada Permanente (PESCO) para el desarrollo de capacidades militares y del Fondo Europeo de Defensa (EDF). La PESCO busca armonizar la definición, desarrollo y producción básicamente por parte de la propia industria europea, de las capacidades militares necesarias, reduciendo en consecuencia la dependencia de proveedores terceros. Y ahí radica precisamente el rechazo que suscita,

principalmente, en los Estados Unidos, gran proveedor de equipamiento militar a los aliados de este lado del Atlántico. Para el período 2021-2027 se cuenta con un Fondo (EDF) de 13.000 millones de euros.

Otra iniciativa en este sentido es la creación, en junio de 2017, de la Capacidad Militar de Planeamiento y Conducción (MPCC en inglés), un órgano semejante a un Estado Mayor que irá incrementando progresivamente sus efectivos hasta estar en condiciones de poder gestionar las misiones militares no ejecutivas (no de combate) de la Unión Europea, como las que ahora se llevan a cabo bajo las siglas EUTM (Misión de Entrenamiento de la UE) y, además, una misión ejecutiva (de combate) de un contingente de hasta 2.500 efectivos.

Como podemos ver, la idea de una defensa europea más sólida o, si se prefiere, con un marcado sello europeo, no es nueva y está, tal vez ahora más que nunca, de plena actualidad debido, sin duda, a diversas manifestaciones públicas de los principales líderes de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica. Si el presidente Trump no tuvo inconveniente en declarar la OTAN obsoleta, o en exigir con más virulencia que sus antecesores el incremento de los gastos europeos en defensa, tampoco se han quedado cortos algunos dirigentes europeos en la respuesta. Pero no es menos cierto que, más allá de estos arrebatos verbales, las aguas, de una manera o de otra, siempre parecen volver a su cauce. Pero la inquietud está ahí y, cada vez con más frecuencia, se escuchan alusiones a la necesidad de crear un ejército europeo. Alusiones que dan lugar, inevitablemente, a largas e infructuosas discusiones debidas, sencillamente, a que lo primero que se necesita es definir con claridad qué se quiere decir, a qué nos referimos bajo la expresión “ejército europeo”.



Si, con un enfoque práctico, nos referimos a seguir avanzando en lo factible a corto y medio plazo, es decir, en mejorar la coordinación entre las fuerzas armadas europeas, en incrementar de forma colaborativa sus capacidades o en buscar una progresiva integración de dichas capacidades, entonces estamos en el buen camino. Pero no será fácil, nada fácil, pues la Unión carece en estos momentos de la necesaria visión estratégica común entre sus miembros. Y esto, en todo caso, no sería un “ejército nacional” tal y como lo entendemos tradicionalmente.

La visión más pragmática en relación al futuro de la seguridad y defensa de Europa pasa por dos escenarios inseparables y que deben ser perfectamente compatibles: la OTAN y la PCSD. Es fácil decirlo, no tanto llevarlo a cabo en el día a día, como estamos viendo cumbre tras cumbre con declaraciones de unos y de otros. La OTAN sigue siendo imprescindible, y eso no es malo, y Europa debe seguir avanzando en el fortalecimiento de su propia personalidad como actor estratégico que quiere ser, y así lo expresa en la Estrategia Global de 2016. Pocos meses después de la presentación de esta Estrategia, ya en junio de 2017, la Comisión Europea hizo público el documento titulado *Futuro de la Defensa Europea*, en el que se identifican tres etapas en la construcción de esa defensa: profundizar en la cooperación (situación actual) para llegar a una defensa compartida y, finalmente, una defensa común en 2025. Un *road map* bastante sensato... aunque excesivamente optimista en los plazos. ■

